

Homilía de Todos los Santos

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos”

Pautas para la homilía

Entre el desafío y la nostalgia

La frase es de León Bloy y refleja muy bien la conclusión, que una reflexión general de la existencia, nos puede ofrecer si queremos medirla en su profundidad más auténtica: “Hay una sola tristeza: la de no ser santos”. Es la única tristeza porque define que la existencia vivida al margen de los valores del evangelio no ha logrado su objetivo, ha quedado varada escuchando de lejos la llamada del mar infinito que es Dios. Que sea la única tristeza que hay que valorar es signo de que la santidad debería ser lo que definiera la vida de todo seguidor de Jesús. Por eso, la fiesta de todos los santos que hoy celebramos nos recuerda que el santo ha acertado al diseñar y vivir el sentido de toda su existencia; le ha dado plenitud desarrollando lo que de él espera Dios y ha puesto en funcionamiento lo mejor que de Él ha recibido. El recordar hoy a esa multitud, un tanto anónima, que ha logrado traspasar la barrera de lo ordinario para vivir desde una exigencia intensa su condición de persona, se convierte para todos en un desafío. Ellos lo hicieron ¿por qué yo no?

La fiesta nos habla también de nostalgia. Estamos hechos para caminar hacia Dios, ya que solo Él puede saciar nuestra sed de absoluto. La frase de San Agustín explica una vez más esta realidad: “Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta descansa en ti”. En el fondo toda persona en la que brilla la bondad de manera especial nos remite a ese deseo de santidad que está presente también en nuestro interior. No canalizarlo adecuadamente hacia quien puede satisfacerlo, es quedarnos a mitad de camino. Esta muchedumbre de buenas personas que hoy conmemoramos nos dice que es posible realizar este sueño. Los santos nos recuerdan que ese deseo profundo está presente en todos y la mayor tristeza es no haberle encontrado salida. Desviarnos, por tanto, del camino, es optar por separarnos, cada vez más, de lo que a todos nos atrae porque estamos hechos para seguirlo y obtener así nuestro deseo: vivir para Dios y en Dios. Esta muchedumbre de personas a las que hoy recordamos no tuvieron aptitudes extraordinarias que hicieran fácil su camino; sintieron como todos el anhelo de Dios y, por encima de todas sus carencias, trataron de encauzarlo siguiendo a Jesucristo. La llamada a la santidad sigue resonando en nuestro interior aunque afanes diversos nos lo oculten.

La identidad más depurada del hombre cristiano

La primera lectura nos sitúa ante la gran muchedumbre que se contempla al final del camino y que se sitúa ante el Cordero tributándole honor, participando así de su gloria. La pregunta surge con naturalidad: “Éstos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?” Y la respuesta deja clara su identidad: “son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero”. Es decir, ellos adoptaron una forma de vida que procede del mismo Jesús y no se acomodaron a lo que el mundo les ofrecía; al contrario, permanecieron fieles a las exigencias del evangelio. Y esto no ha sido una tarea fácil; al contrario, les ha ocasionado dificultades y sufrimiento, pero han vencido. La gran tribulación fue la prueba donde se curtió su fidelidad. Al final del camino viven la alegría de estar ante quien ha presidido sus vidas y ahora viven la gran fiesta donde se premia su fidelidad.

La segunda lectura ahonda en esa identidad. “Ahora somos ya hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él”. Lo que somos es parte de un proceso que hemos de ir viviendo para desembocar en la plenitud. Estamos en camino y es en ese camino donde se ha de ir reflejando nuestra condición de hijos. No caminamos como apátridas, sabemos hacia dónde vamos y quién nos acompaña. Cuanto más vivo sea ese carácter filial y mejor se reproduzca en nuestra conducta más claro será el camino por donde avanzamos y más auténticamente seremos nosotros mismos, más nítidamente aparecerá nuestra identidad. Dios no viene a borrar nuestra condición personal para diluirla en un todo neutralizador del individuo. En esa semejanza brillará su luz iluminando lo que realmente somos partiendo de nuestra individualidad.

Las dos lecturas proclaman que nuestro ser cristiano se define por la fidelidad a nuestra condición de hijos de Dios. Una fidelidad que acepta la paternidad amorosa de Dios y que la explicita día a día, entre incertidumbres y dudas, pero que vive de ella sabiendo que pide esfuerzo. Es esa condición filial la que convierte a los hombres en hermanos y define a una gran multitud que viene de toda nación, raza, pueblo y lengua para aclamar juntos al Cordero inmolado. Una condición reconocida y aceptada de hijos que abarca a todos los que están abiertos a acoger, explícita o implícitamente, el mensaje del Reino.

Invitación a seguir sus huellas

Las bienaventuranzas que se proclaman en el evangelio del día ajustan ese modo de vida. Ellas nos explicitan cómo vivió Jesús. Solo desde esa experiencia suya puede proclamarlas. No son una imposición, tampoco una expresión de buen deseo. Son una constatación de lo que significa vivir según los valores del evangelio y las consecuencias que de ello se siguen. El proceso para llegar a comprender y asumir esas actitudes no es nada fácil ya que parecen ir contra corriente. Desde la educación que recibimos a las pautas que rigen en la sociedad, se nos invita a lo contrario e, incluso, en su ejecución parece subyacer el riesgo de encontrar la oposición y la muerte. Pese a todo, el resultado que Jesús enuncia es claro: la felicidad.

En un mundo un tanto desorientado las bienaventuranzas manifiestan cómo dar sentido a la vida y, en ese aspecto, nos hablan de algo que es nuclear en los seguidores de Jesús. Vivir esas bienaventuranzas es acercarnos, por una parte, al sentido más profundo de la vida del mismo Jesús y, por otra, a la felicidad, el deseo más intenso que todos llevamos dentro. Son la propuesta que hace Jesús ante la aspiración de todo ser humano de encontrar la felicidad, ese espacio donde todos gastamos nuestras fuerzas. Bien es verdad que, con frecuencia, esas fuerzas se van en conformarnos con una felicidad a corto plazo. El riesgo de buscarla en los sitios más equivocados y de la manera más errónea está presente en nuestra vida. Por eso, no es extraño que en la lucha diaria nos quedemos en la superficie de todo aquello que son compensaciones inmediatas. Y ahí puede surgir una constatación un tanto pesimista: concluir que la felicidad no existe y acabar desconfiando de las grandes promesas y de las palabras hermosas. No es extraño, por eso, que se acabe recortando las aspiraciones más hondas y se

renuncie a la dicha que todos buscamos en el fondo de nuestro ser.

Ante el escepticismo o el desaliento las palabras de Jesús surgen claras: es posible alcanzar la felicidad, pero hay que subvertir valores y seguir sus palabras con fidelidad. Los santos supieron escuchar y poner en práctica sus palabras. Cada uno, a su manera, supo encarnar alguna de estas bienaventuranzas de forma especial. Hoy, desde la experiencia vivida, nos llega su mensaje: fueron auténticos hijos de Dios que, viviendo en fidelidad, atravesaron todas las inclemencias que el mundo opuso a esa fidelidad. Hoy los recordamos como modelos a seguir. Sus nombres tienen poco interés, son muchedumbre. Su vida es constatación de que la gracia sigue operando entre los hombres cuando vivimos abiertos a su fuerza.

La fiesta nos invita a dar gracias a Dios por tantas personas buenas que han sido fieles a Jesucristo y han contribuido con su bondad a hacer un mundo más humano donde se refleja mejor la realidad del Reino. Al mismo tiempo nos invita a revisar nuestra propia vida a la luz de lo que esa muchedumbre de santos proclama, desde el convencimiento de que ser hijos de Dios es un compromiso que encuentra en las bienaventuranzas su mejor expresión.



Fray Salustiano Mateos Gómara O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Soy salmantino, de Monsagro, diócesis de Ciudad Rodrigo. Tras los estudios eclesiásticos, fui destinado a Oviedo. Allí estudié inglés en la Universidad. Tras catorce años enseñando en la bendita Asturias, volví a Salamanca, donde hice un Máster en Orientación Familiar, en la Universidad Pontificia. Un nuevo cambio me trajo a Valladolid. Aquí he trabajado como orientador familiar en nuestro Centro de Terapia y Mediación familiar, Oikos. Aunque ya jubilado sigo trabajando en nuestra iglesia de San Pablo.